

Sombra blanca

Esther Fleisacher

Quiso ajustar la distancia con el muro a la derecha, pero viró a la izquierda. El sentimiento de derrota fue hondo, constató que la tristeza estaba allí; una aguamala adherida a su cabeza con sus brazos babosos y venenosos que alteraban la coordinación. Respiró con fuerza y puso las manos en el volante, se concentró hasta que logró alinear el carro.

Libraba una lucha diaria contra esa sombra blanca que la volvía torpe; sus pensamientos resbalaban en una mancha gelatinosa. En esos días era frecuente tropezarse, derramar el café u olvidar el celular, por el que había perdido todo interés; en el momento de sonar, nunca más en la pantalla “Óscar el mío”, porque Óscar ya era de Dios. Intentaba ser positiva, como decían los videos en YouTube, y se decía frente al espejo: “Hoy será un buen día” y forzaba una sonrisa, que salía opaca.

Si tenía que luchar consigo misma para saber dónde quedaba la derecha y dónde la izquierda, sabía que el día iba a ser sombrío. Parecía que el aire era insuficiente y a menudo suspiraba con fuerza, intentaba llevar luz a sus hermosos ojos verdes tristes ocultos tras las gafas oscuras. No quería más consejos inútiles para alejar el dolor.

“Qué extraño, si no tuviera que parquear en reversa, ¿me ahorraría los instantes de derrota?”, se preguntó y sintió nostalgia por su vida de antes de conocer a Óscar.

* * *

Su Óscar le llevaba poco más de veinte años. Según la lógica natural, él moriría primero. María Elena pensaba que tenían una vida por delante, sesenta y cinco años no es el momen-

to para morir cuando se está enamorado. Ella era recepcionista en un concesionario de autos. Él, un cliente que la intimidó cuando le dijo su apellido impronunciable. Salió de la oficina del doctor Pérez con aire satisfecho. Lo reparó; era un hombre alto y flaco, de piel trigueña y ojos azules, atractivo, pero muy mayor para ella.

—Hasta pronto, señorita. Sus ojos adornan este lugar —retuvo la mano de María Elena unos instantes. Ella sonrió turbada, lo usual era pasar desapercibida, su apariencia recatada la ponía a salvo; lo hacía a propósito, los romances pasajeros con los clientes, de los que alardeaban sus compañeras, no la impresionaban. Había tenido un noviazgo de ocho años, hasta que se negó a seguir a Jeyson a España, no estaba dispuesta a hacerlo sin pasar por el altar.

Ese apretón de manos había sido una caricia ligera y perturbadora. “Castelanski —repetía en su mente—, que apellido tan bonito”.

—Es un picaflor, María Elena, tenga cuidado —le advirtió el doctor Pérez.

—Jefe, usted ya sabe, no me entusiasman los clientes.

—Sí, pero este es un caso especial, un encantador de serpientes. Fuimos vecinos, jugábamos fútbol; fue novio de todas las niñas de la cuadra.

Óscar decía que le había tomado gusto al café de la oficina y pasaba con frecuencia.

—Es cierto, el café aquí es bueno; pero lo que disfruto en realidad es el recato de sus ojos verdes, señorita —y seguía a la oficina de su amigo, a donde entraba y salía como Pedro por su casa.



Juliana Domínguez. *Las tres mujeres*. Tinta, acrílico y lámina iridiscente sobre papel tibetano. 39 x 47 cm. 2020

Después de más de dos meses de insistencia, María Elena se sintió halagada y se dijo que, a fin de cuentas, no tenía nada que perder. Desde el viaje de Jeyson a España su vida era rutinaria y aburrida. Si bien su interés no era hacerse la querida de un hombre rico, tampoco era una mojegata, a pesar de sus cuellos altos y su figura menuda. Ese fue el fin de su vida de antes.

Un torbellino de amor y decisiones presionadas por Óscar la llevaron a una vida que nunca imaginó para sí. No habían pasado seis meses y ya estaba viviendo con él. La familia cortó con ella tajantemente; aunque pobres, profesaban buenas costumbres católicas. María Elena renunció al concesionario y se vol-

vió la asistente personal de su nuevo amor, le llevaba tanto los asuntos personales como los relacionados con la distribuidora de llantas y los puntos de venta.

* * *

—¿Entonces, papá, reemplazas a mamá por una secretaria escuálida?

—Hace más de quince años que Edith y yo no hacemos vida en común, ¿cuál es el irrespeto?

—Es nuestra mamá y sigues siendo nuestro papá, somos judíos. No nos puedes poner en ridículo por un capricho.

—Sigo siendo judío y no faltaré a mis deberes. Ella nada tiene que ver con esto.

—¿No? ¿Y si llegan hijos?

—No hay riesgos, soy operado. Ya cumplí como papá. Lo que me resta de vida quiero vivirla acompañado.

Hijos, parientes y amigos veían pasar los meses y Óscar no despertaba. Al contrario, se dedicó a moldearla según sus gustos y necesidades. Ella se amoldó de tal manera que parecía una sombra que iba adelante adivinando sus deseos. Tal y como él quería, lo más importante para ella era respirar el mismo aire que él.

Había algo cierto y profundo en ese amor, una felicidad constante y poco común. Pero algo no encajaba. Óscar no se movió de donde siempre había estado; eran su apartamento, sus negocios, sus dos hijos varones y sus cinco nietos, sus amigos y su religión. Los viernes iba a la sinagoga y después a comer donde uno de sus hijos; era una costumbre inamovible. María Elena permanecía en el apartamento. En esos momentos de soledad, una luz amenazante con preguntas llegaba a su mente: ¿por qué no iba a rezar?, le hacía falta estar cerca de Dios, podía buscar una parroquia diferente a la de su familia; pero no podía escapar de sí misma, vivía en pecado por faltar al sacramento del matrimonio y la comunión le estaba negada. ¿Y el voluntariado los sábados en Fe y Alegría?, era una buena labor y le gustaba jugar con los niños; ¿por qué Óscar no podía quedarse unas cuantas horas solo, así como ella mientras él iba a rezar? Esa luz alcanzaba apenas a iluminar sus dudas, se desvanecía cuando él llegaba y se sentía exigida en cuerpo y alma.

Los hijos de Óscar se echaron al dolor. Se consolaban pensando que eran afortunados, pues a la hora de los achaques se ahorrarían la enfermera. Además, no podían negarlo, algo en su papá se había atemperado, gritaba y mano-

teaba menos, y la carrera de don Juan parecía haber llegado a su final.

* * *

Esa mañana Óscar se sentía extraño, el aire estaba espeso y una rara fatiga le caminaba por las manos y los pies. María Elena quiso llevarlo a urgencias, él la convenció de que no era grave, pronto pasaría. Salió de la ducha y lo encontró desvanecido en la cama. Le gritó, lo llamó, lo zarandó, rogó...

El llanto y los gemidos de María Elena contrastaban con la tristeza discreta de hijos, hermanos, sobrinos, amigos y ex mujer. Nunca había visto a alguien desgarrarse de esa manera, temblaba como si el corazón y los pulmones protestaran, como si el aire y la sangre fueran a trompicones. Me parecían inhumanos la soledad y el borde de esta mujer, me sentí impedida a hacer algo. Pasé mi brazo por su hombro y le susurré alguna frase convencional. Se aferró a mi brazo y sus ojos se prendieron a mis palabras con una confianza absurda. Sentí que depositaba en mí una esperanza pueril. No fui capaz de apartarme de ella.

Óscar se lo había dicho con insistencia, cuando llegara la hora, el funeral se haría según la tradición judía. Los hijos tomaron la rienda y, como era lo natural para ellos, Edith tuvo su lugar en la despedida de quien había sido su esposo legítimo y padre de sus hijos, así ya no los uniera ningún vínculo religioso ni legal.

María Elena cumplía la última voluntad de Óscar, lo acompañó en esa extraña ceremonia fúnebre y en los siete días del duelo judío. Llegaba puntual a los rezos de la mañana y la tarde. Algunos la saludaban, la mayoría la ignoraba. Unos pocos se conmovían con su llanto plañidero, al resto le incomodaba. Apenas traspasaba la puerta me hacía a su lado con el deseo imposible de acogerla, Óscar se había llevado el único aire capaz de llevar oxígeno a sus pulmones.

Terminaron los rezos y cada quien volvió a su vida de siempre. La vida de siempre de María Elena no existía.

Óscar había repartido sus bienes en vida y a ella quiso asegurarle el futuro dejándole la distribuidora de llantas; estaba seguro de que más de diez años a su lado habían sido la mejor escuela. Pero ella se sentía fuera de lugar, los proveedores le decían sí, claro, cómo no, pero a la hora de los despachos le cambiaban las condiciones; la credibilidad la tenía él. Y los empleados viendo su miedo empezaron a tomar decisiones por su cuenta. Sabía lo que estaba sucediendo, pero no tenía fuerzas ni interés para ocuparse de nada. La verdad, en su naturaleza no había voz de mando.

Se acercó a su familia con regalos e invitaciones que ellos agradecían, pero no se compadecían; tenía que pagar por haber ofendido a Dios y a la familia con sus actos. La tristeza era un castigo merecido.

La vida de antes era irrecuperable y la de ahora no existía, sólo la aguamala, la gelatina adherida a su cerebro.

Cada tanto, cuando mis quehaceres me llevaban cerca de la distribuidora, pasaba a saludarla. Tenía un tema único, Óscar. Sabía que lo estaba defraudando, pues los negocios iban a pique; de nada servía llegar puntual a la oficina, realmente no le importaba lo que sucedía allí. Añoraba llevarle el vaso de agua, pasarle el teléfono, buscar la factura, servirle el café, conducir con él a su lado. Me mostró los pies hinchados.

—Con tanto dolor en el corazón, eso es una insignificancia —se disculpó por no haber ido al médico.

Una de sus hermanas la obligó a consultar después de un desvanecimiento. Un cáncer de páncreas avanzado la llevaba a la muerte. No hizo ningún tipo de repulsa, no buscó otras



Juliana Domínguez. De la Serie *Edén*. Tinta, acrílico y laminilla de oro sobre papel pergamino perforado. 34 x 49 cm. 2014

opiniones ni tratamientos alternativos. Se entregó a su destino sin miedo, con la convicción de que pronto se reuniría con Óscar; aunque a veces, me confió, la asaltaba una desazón.

—¿Tendría Dios dividido el Cielo por religiones? —y una sombra blanca enturbiaba su mirada verde.

Esther Fleisacher. Palmira, Valle, desde 1965 reside en Medellín. Se dedica a la lectura, la escritura y el psicoanálisis. En su obra ha explorado el cuento, la novela corta y la poesía. Libros publicados: de poesía: *Blanco a contraluz* y *Canciones en la mente*; de cuento: *Donde se estrellan los pájaros*, de donde extraemos este cuento (Medellín, Sílabas Editores, 2018, pp. 15-22), *Gestos hurtados*, *La flor desfigurada* y *Las tres pasas*; y de novela corta: *La risa del sol*.